

co que encorva su cuerpo sobre sí mismo bajo el peso del azadón. Jesucristo se nos da en estos días solemnes sin distinción, es verdad, pero con no menos amor; ha reservado para estos días los frutos de su bendición copiosa, y si para otras festividades exige de nosotros graves penitencias y pesadas mortificaciones, para la fiesta de su Cuerpo y Sangre, pide regocijo inusitado y expansión santa. He ahí cómo esta festividad por ser exacto cumplimiento de la de los Tabernáculos es, todavía mejor que ésta, la más excelente de todas las eclesiásticas festividades.

6. Pero también lo es porque Jesucristo nos profesa en estos días un amor particularísimo, efecto de la pública exaltación que hacemos de su Sagrada Persona. Al pretender el Salvador mostrarnos las riquezas de su amor infinito no se contenta, no, con permanecer reservado en los sagrarios, ni con estar expuesto á la pública adoración de los fieles, sino que, en alas de su excesiva caridad, sale del templo, llevado en hombros ó en manos de sus ministros sagrados, para tener el placer inmenso de visitar á sus amados hijos y recrearse como buen Padre en sus obras. Mas, ¿quién oyó, ni quién vió jamás cosa semejante (1)? ¡Qué todo un Dios del cielo, baje á la tierra y pasee por las calles de los mortales..! Al dejar correr los ojos del alma sobre el bello rostro del Salvador, velado por las especies eucarísticas, no se puede por menos de exclamar con ese entusiasmo interno profundamente religioso: «Salid, hijas de Sión, y ved al Rey Salomón con la diadema que le ciñó su madre en el día de su desposorio, día de la alegría de su corazón» (2). Dejad, cristianos, dejad vuestras haciendas, vuestras labores, vuestros negocios, y salid de vuestras casas á contemplar al Rey de la gloria que pasea triunfante por nuestras calles. Su rostro despide rayos de luz que se sintetizan en la Verdad, pues Él es la Verdad; arroja chispas de ardoroso fuego que se sintetizan en el amor, pues Él es el amor. Fijaos en su real diadema cuajada de punzantes espi-

(1) Isai. LXVI, 8.

(2) Cant. III, 11.

nas, que colocó su Eterno Padre en el día de su Pasión amarga; Él ha trocado esa corona de angustia por una corona de gloria, con la cual espera ceñir nuestra frente si nos hacemos acreedores. Hoy, día del Señor, es el día de la alegría de su corazón, puesto que sale del templo, no con el brazo airado, como se mostraba desde las altas cumbres del Sina, sino lleno de mansedumbre para que se cumplan aquellas frases del profeta (1): Decid á la hija de Sión: «He ahí que tu rey viene á ti lleno de mansedumbre.» Hoy aparece Jesucristo más simpático, si cabe la frase, que nunca, entre las nubes de vaporoso incienso, los devotos himnos litúrgicos, las centenas de hermosas luces y el cortejo de millares de súbditos leales. ¡Oh Señor! Cumplisteis por fin en el día de hoy, mejor que en ningún otro día, la palabra dada á los patriarcas y profetas y justos de la ley antigua, cuando les asegurasteis: «Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desecharé; andaré entre vosotros; seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.» Por eso os damos infinitas gracias y os proclamamos Rey universal en nuestro corazón y en el templo, en nuestro domicilio particular y en la vía pública, ante los pequeños y ante los grandes, en presencia de los católicos y de los herejes, á la faz del mundo entero, y queremos que vuestro Reinado se extienda por todas partes y por todos los siglos.

7. Un buen cristiano debe manifestar en el día del Corpus sentimientos extraordinarios de fervor. Los siervos de Dios lo celebraron con más gozo, con más suntuosidad que las demás festividades. S. Francisco de Sales quedaba dulcemente extático ante la contemplación de las finezas que el Dios del Sagrario derrama en este día á los hombres. S. Pío V no permitía que, en el Vaticano, ningún sacerdote llevase en este día la Sagrada Custodia; él mismo la conducía con entusiasmo. El beato Nicolás Factor parecía morir de alegría, y un arrobamiento sucedía á otro; nadie podía distraerle de la atención fija que tenía en dicha fiesta al Sacramento. El

(1) Math. XXI, 5.

bienaventurado Bernardo Corleón no cesaba en este día de predicar el gozo y el contento á los hombres; se entusiasmaba de tal manera ante la Sagrada Custodia que prorrum-pía unas veces en agradables cánticos y otras en acompasadas danzas y ademanes cariñosos hacia Jesús Sacramentado. Quien ama á Jesucristo entiende semejante manera de proceder.

8. La Iglesia Nuestra Madre, inspirada sabiamente por el Santo Espíritu, determinó celebrar esta festividad con extraordinaria pompa y magnificencia. El Jueves Santo era en la venerable antigüedad la fiesta mayor del año, precisamente porque se recordaba la institución del Sacramento Santísimo, el mayor y más excelente de todos los Misterios. He ahí por qué era celebrada con inusitada pompa y extraordinaria alegría, al menos por la mañana, de lo cual subsisten todavía en nuestra liturgia vestigios saludables; y épocas hubo en que el ayuno no obligaba; pero Urbano IV, al segregar la fiesta de la institución del Cuerpo del Señor de la del Jueves Santo; ó para decirlo con más propiedad, al establecer otra fiesta en que se celebrase no sólo la referida institución, sino más particularmente el triunfo de la Santa Eucaristía, prescribió que la festiva pompa del Jueves de la semana mayor quedase trasladada al jueves siguiente de la fiesta de la Trinidad augusta.

Quiso ciertamente el Papa mencionado que ya que instituía la fiesta del Santísimo Sacramento, fuese solemnizada con todo el aparato posible, á fin de (son palabras suyas) «adorar, venerar, glorificar y honrar con singulares alabanzas y engrandecer con públicos pregones el venerable Sacramento». Y al conceder variedad de indulgencias á cuantos fieles asistiesen á la festividad del Corpus; y al decretar que esta festividad fuese solemnizada con octava y procesión general á la que asistir debieran el Clero secular y regular y los fieles no impedidos; y al insistir en que esta procesión resultase lo más brillante posible, manifestó que esta solemnidad es la mayor y la más digna de todas las de la Iglesia. Más tarde, el Concilio de Trento, en honra y

veneración del Sacramento Santísimo, declaró que la dedicación de un día particular anual para celebrar el Triunfo de Jesucristo Sacramentado, y sobre todo, la práctica de llevarle con reverencia y honor por las calles, es una costumbre laudable y santa. Y esta religiosa costumbre, confirmada por un ecuménico Concilio; ratificada por mil decretos pontificios y episcopales; sublimada con estatutos regulares y eclesiásticos; acatada por innumerables leyes civiles; respetada de los mismos infieles; enaltecida con la puntual asistencia de las corporaciones, y universidades, y academias, y gremios; reverenciada por centenares de asociaciones, y cofradías, y obras sacramentales; santificada por hombres y mujeres venerables; deificada por todo género de clásicos artistas, y venerada con aplauso y honor de todo el pueblo católico, hácenos creer hasta la evidencia que su magnificencia es incomparable, que su dignidad es relativamente infinita.

PARTE 2.^a

9. Mas todo el esmero de la santa Iglesia, en estos días, consiste en rendir cultos de adoración y de agradecimiento á Jesucristo Sacramentado. Los esplendores de la Esposa del Cordero proceden de la inextinguible luz que el Sagrario despide; sus poderosas fuerzas las adquiere al pie del altar; su vida, no hay duda que es el Sacramento Santísimo: luego su reconocimiento á Jesucristo Sacramentado debe ser notorio, público y solemne. Ante todo, el Salvador merece una adoración absoluta. «Venid, postrémonos ante el Señor y adorémosle, porque Él es nuestro Dios y Señor». Estas palabras, que pronunciara el vate coronado, debieran estar grabadas en nuestra mente para traducirlas á la práctica cuando menester sea; están de común acuerdo con las que escribió el desterrado de Patmos, al contemplar en el cielo al Cordero sacrificado, y que certificó haber oído de boca de angélicos espíritus: «Digno es el Cordero que se sacrificó de recibir el poder, la bendición, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor y la gloria (1)». En efecto,

(1) Apoc. V, 12.

colocado este precioso Cordero en medio del Edén celeste, rodeado de infinidad de espíritus, y cortejado por ejércitos de santos, es reverenciado también por veinticuatro ancianos que, vestidos de blancas túnicas, y ceñidos de áureas diademas, cantan sin cesar, al propio tiempo que arrojan las regias coronas á los pies del invicto Cordero: «Digno eres de recibir el honor, la adoración y la bendición del mundo entero, porque Tú nos redimiste con tu sangre». Los veinticuatro ancianos y millares de voces celestes y la creación entera responde á una voz, diciendo *Amén*, y nuestra lengua y nuestro corazón, al unísono del divino canto, debe responder asimismo con un fervoroso *Amén*, que éste es el asentimiento del alma á la adoración que debe tributar á Jesucristo Sacramentado.

Preciso es, por lo tanto, que demos particular adoración al Sacramento del Altar, diversa de la que tributamos á la Virgen Santísima y á los santos, ya que en este Divino Misterio está realmente presente Jesucristo, Dios y Hombre; y asimismo porque la Divinidad se halla con nosotros del modo más próximo posible. Un monarca es igualmente reverenciado en todos sus dominios; pero nadie pondrá en duda que lo es más cuando está en nuestra presencia: de idéntica manera, el Hijo de Dios es igualmente adorable en todos los lugares, ya que todos son del dominio del Altísimo; pero es más adorable cuando nos presentamos ante su personal acatamiento.

Hay otra poderosísima razón por la cual Jesucristo Sacramentado merece adoración particular. Es la profunda humillación que ha sufrido al ponerse en el Misterio del Altar. No es posible que el hombre se forme una idea, siquiera adecuada, de la humildad que Jesús manifiesta en el Sagrario. Se nos muestra bajo las modestas apariencias de pan y vino; se nos entrega como manjar ordinario; se da á los santos como á los pecadores, á los ilustrados como á los rústicos; se aprisiona día y noche en la lobreguez del Sagrario... ¡Ah! ¿Quién puede explicar con palabras suficientes la humildad de Jesucristo en el Sacramento? Pero bien;

el Apóstol enseña (1) que por razón de que el Salvador se anonadó hasta el polvo, tomando la forma de esclavo, y apareciendo poco menos que con figura de hombre (2), su Eterno Padre le ensalzó sobre todas las criaturas y le otorgó un nombre sobre todo nombre, á fin de que todas las criaturas que existen en el cielo y en la tierra y en los avernos *doblen la rodilla al nombre de Jesús*, y confiese toda lengua que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Esto dice el Apóstol, y lo escribe exacta y admirablemente, ocupándose de sólo el augustísimo nombre de Jesús; mas, ¿qué dijera si se tratara no ya del nombre sino de su Persona divina? ¿Qué clase de adoración merecería entonces? Ahora bien; tomando yo las palabras de S. Pablo por base de mi argumento, pregunto: Si Cristo, Señor Nuestro, porque se humilló tomando la forma de siervo, merece que todo lo existente doble su rodilla y exalte su nombre, ¿qué género de adoración merecerá por haberse humillado, abatido y en cierto modo aniquilado en el Misterio de los altares?

Jesucristo en el Sacramento merece, en consecuencia, una adoración particularísima, según advierte el Tridentino, y esta particularísima adoración consiste en humillarnos hasta el polvo y reconocer las excelencias del Salvador; que es aquello mismo que el Redentor dijo, que debíamos adorar al Padre en espíritu y en verdad; y esta especial adoración debemos rendir al Sacramento Santísimo muy especialmente en la festividad y octava del Corpus, tiempo en que hemos de manifestar nuestras particulares simpatías por la Hostia inmaculada. No importa, no, que no veamos en esa Hostia sagrada á Jesús, resplandeciente como en la gloria; no importa, no, que no oigamos las voces dulcísimas de los angélicos coros; no importa, no, que no presenciemos las adoraciones que le rinden los bienaventurados. La fe nos basta para adorar al Señor como conviene, y esta adoración rendi-

(1) Philip., II, 7.

(2) Isai., LIII, 2.

da, y esta adoración pública se la tributa en estos días la naturaleza y la Iglesia Católica.

10. Sí; desde el variado canto de los mirlos en los altos pinares y el inimitable gorjeo de los ruiseñores en las frondosas alamedas, hasta el monótono chirrido del gorrión en los sembrados y el cansado piar de la golondrina en los huecos de la pared; desde el arbusto respetable que crece en encumbrado monte, hasta la florecilla humilde que brota en el campo; desde el caudaloso río que serpentea manso por las frondosas riberas, hasta el pequeño arroyuelo que se desliza blandamente entre lechos de fina arena y verde musgo; desde el dorado grano que se exhibe orgulloso en los inmensos sembrados, hasta el fruto multicolor y delicado que en racimos cuelga de los árboles frutales, todo, todo dice con su muda lengua, pero con voz expresiva, invitando en el día de hoy á los hombres: *Benedicid al Señor del Sacramento.*

11. Y á las voces múltiples y sonoras de la naturaleza se mezclan las de la Iglesia santa, que en este día auna sus facultades, redobra sus esfuerzos y amontona sus riquezas para ofrecerlas al Dios de la Eucaristía. Desde las vísperas, y acompañada del festivo voltear de los sagrados bronceos y de los dulces acordes arrancados al órgano, comienza á festejar á su Criador, presente en el Altar en medio de numerosas y variadas luces, de nubes de aromático incienso y bajo dosel primoroso. En el propio día del Corpus, ayudada de los fieles que, gozosos desde la víspera, han dispuesto las calles y las fachadas de sus casas con arcos de verde arrayán, hermosas colgaduras y demás invenciones artísticas, celebra con inusitada pompa el augusto Sacrificio de los altares. Luego se dispone para conducir solemnemente á Jesucristo por las calles y plazas que en pocos momentos van á ser transformadas en espectáculo paradisíaco. ¡Qué concurrencia, qué animación! Toda clase de autoridades, y gremios, y asociaciones, ostentando sus majestuosos uniformes y llevando en la mano una vela encendida, aguardan con ansiedad y con no menos silencio el trofeo glorioso de

la Redención. Tras él desfilan de dos en dos los acompañantes con gravedad, respeto y devoción, rompiendo tan bella monotonía las imágenes lujosamente adornadas y los hermosos niños elegantemente vestidos, que ostentan en sus manos bandejas de olorosas flores. Descúbrese en último lugar el respetable Clero con sus ricas vestiduras sagradas, que trae por dignísimo Presidente al Rey inmortal de los siglos sacramentado, llevado en manos del celebrante, bajo palio de bruñida plata y rodeado de amantes hijos y defensores centinelas, que se esmeran aquéllos por colmarle de alabanzas y éstos por hacer la corte militar. Si á esto se añade el canto litúrgico y las melodías musicales, las nubes de grato perfume y el clamoreo de las campanas, el estruendo del cañón y las adoraciones del pueblo, ¡ah! entonces, ante el sorprendente y grandioso cuadro, el espíritu se humilla, el corazón se dilata, y el ser humano prorrumpe en tiernos actos de amor hacia Jesucristo Sacramentado.

¡Qué espectáculo! El Dios, que, justamente irritado, hizo perecer en universal cataclismo al género humano, salvando tan sólo á ocho personas; el Dios, que, lleno de santo furor, abrasó en un momento á cuatro nefandas á la par que hermosas ciudades de Pentápolis; el Dios, que, vengando su honor, desoló en breves instantes las sólidas murallas de Jericó; el Dios que manda á los vientos y á los mares y obedecen al momento: ese mismo Dios Omnipotente, con mansedumbre incomparable, se deja llevar, aprisionado con cadenas de amor, por la vía pública á fin de bendecir á sus hijos. ¡Bendito sea infinitamente el Señor que tales privilegios concede al hombre!

12. Pero el triunfo de Jesucristo sobre sus enemigos es completo: los que negaban su presencia sacramental se ven hoy confundidos; los que dudaban del Misterio del amor han corroborado su fe á la vista de la procesión del Corpus; los que blasfemaban del Sacramento eucarístico se han horrorizado ante sus mismas blasfemias. Jesucristo se pasea triunfante por las calles de las ciudades, aclamado por las muchedumbres que le adoran. Asociémonos á la triunfal ca-

rrera del Salvador. Purificados de nuestras culpas, no deberemos dejar pasar estas solemnes fiestas sin acercarnos siquiera una vez á participar de sus bodas eucarísticas. Sentados á la Mesa del Cordero, victoreémosle por nuestro caudillo: que Él sea nuestra luz, nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra vida. No desertemos jamás de sus filas: ellas son nuestro poder. Que su bandera sea nuestra divisa, para que, envueltos con ella, podamos librarnos de los envenenados dardos de nuestros enemigos.

¡Dulce Jesús Sacramentado, sol de la Iglesia é imán del alma! Postrados á vuestros pies y con la frente pegada en el polvo, os adoramos rendidamente como á Dios y Señor nuestro. Váis á salir del augusto templo para visitarnos. Entonces, Señor, bendecid nuestras casas que son vuestras; bendecid sus moradores que os aman; bendecid sus obras. Que esta bendición sea eficaz para que no caigamos en la culpa, para que adelantemos en el camino del bien, y para que, en último término, nos llevéis un día á vuestras eternas mansiones, donde os veamos sin celajes y gocemos de vuestra divina presencia. Amén.



SECCIÓN II

EXCELENCIAS Y OFICIOS DE LA SANTA EUCARISTÍA
CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

Asuntos predicables y de amena lectura, en forma de discursos.

I

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Padre.*

*Et vocabitur nomen ejus Pater futuri sæculi.
Será llamado Padre del siglo venidero.*

ISAÍ. IX, 6.

1. Con un epíteto digno de la grandeza y de la bondad del Altísimo designó el Profeta de los Misterios al Deseado de las naciones: «Su nombre ha de ser, dijo, Padre del siglo venidero (1)». Mas pregunto: ¿Acaso, el Hijo de Dios, antes de asumir la naturaleza humana no era Padre de los hombres? Y si lo era, ¿por qué razón, Isaías denomina al futuro Salvador con la bella frase mencionada, como si antes de encarnarse en el seno de humilde Virgen no lo fuese? ¿Qué misterio es éste? La fe nos dicta que Dios formó al hombre, y que le crió sobre la tierra; y por este doble motivo, juntamente con otros que no son del caso referir, el Hijo de Dios, asociado á las restantes Divinas Personas, es en

(1) Loc. cit.